SAN AGUSTIN

TRATADO CATEQUISTICO

(De Catechizandis Rudibus)

Traducción, prólogo y notas por
Arsenio Seage, S.D.B.

Serie
Los Santos Padres
N.º 35

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-2262-1991
I.S.B.N.: 84-7770-233-0
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN
Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

1. Este tratado titulado de Catechizandis Rudibus_–Catequesis para los ignorantes– fue compuesto por San Agustín en el año 400.

Pertenece al período de su mayor producción literaria. Entre los libros de ese año –parece que fueron nueve– figura, nada menos, que el famosísimo de "Las Confesiones", y tuvo comienzo el fundamental tratado teológico sobre "La Trinidad".

El que ahora se presenta vertido por primera vez al español, con el título de "Tratado Catequístico", no tiene ni el volumen ni la importancia de los mencionados. No obstante su intrínseco valor, está muy lejos de parangonarse con tantas otras producciones del genio agustiniano capaces, cada una de ellas, de asegurar la fama literaria y científica a cualquier escritor.

Le cupo el triste destino de las numerosas pequeñas grandes obras de San Agustín; la poca fortuna –por decir– de tener otras hermanas mucho más importantes. No ciertamente sin razón, la posteridad fija atención preferente en estas últimas, cuyos títulos emergen a través del tiempo con caracteres descollantes.

Sin embargo, ha de tenerse en cuenta que en muchísimos casos, los genios se perfilan con más nitidez y son más asequibles, precisamente en estas pequeñas joyas, donde se percibe como escorzada la vastedad de sus concepciones y lucen en forma vivaz los rasgos sobresalientes de su pensamiento.

2. Este pequeño libro es, además, el primer intento para dotar a la didascalia cristiana de un manual pedagógico y de un esquema práctico de la enseñanza religiosa a impartirse a los catecúmenos.

En él, pese a sus evidentes limitaciones, se encuentran no pocas ideas fundamentales del ideario agustiniano, en forma embrionaria, que le exigirán con el andar del tiempo un desarrollo más extenso y una valoración de mayor ajuste.

Contiene todo un sistema y toda una metodología didáctica expresada con aquella singular modestia, que fue como el estilo de este pensador eminente, el cual, en la mayoría de los casos, no se propuso escribir con esmero de especialista, ni siquiera con finalidad escolar. Casi todas sus obras han sido redactadas a toda prisa, dictándolas en medio de ocupaciones apremiantes, para complacer a sus amigos,

respondiendo a las exigencias de una necesidad práctica y circunstancial.

3. En este caso fue para complacer a un diácono de la iglesia de Cartago, de nombre Deogracias, que fastidiado por la monotonía de su enseñanza catequística, acude a él en busca de luz y aliento.

Agustín no puede negar nada a nadie, y menos a los amigos.

El afecto es en él una fuerza propulsora y eficaz como en pocos hombres. De ahí también la confortante suavidad de sus expresiones, que hallan adecuado marco en el estilo epistolar.

Así, después de unas palabras de consuelo y estímulo al afligido diácono catequista, pasa al objeto propuesto. Lo desarrolla en dos partes. En la primera expone las normas que han de tenerse en cuenta y los defectos que deben evitarse en la enseñanza de la Religión. Y en la segunda ofrece dos muestras de carácter práctico de lección catequística. Una extensa, para los mejor dispuestos y capacitados, y otra más breve para los casos excepcionales.

4. ¿Quiénes son estos *rudes,* que concurren a la catequesis del diácono "doctor de la palabra", de la iglesia de Cartago?

Son, desde luego, personas adultas, de las que formaban el mayor sector de la población de la gran metrópoli africana.

Rudes corresponde en castellano a tosco, inculto, inexperto, ignorante. En este caso, es el que desconoce la doctrina cristiana y no posee una cultura general muy extensa. Por aquel entonces, el libro era muy costoso; y la cultura, patrimonio de muy pocos.

La lectura de este tratado nos indica cuánta haya sido la consideración que les merecían al santo Doctor, porque poquísimos supieron como él lo que es vivir en el error. Lo cual ha hecho exclamar a uno de los escritores modernos que más profundamente estudiaron el espíritu y la obra de San Agustín: "Este es uno de los libros en que se revela con más energía y vastedad su amor a la pobre humanidad... nuestro siglo que se ufana de amor a la humanidad no puede permanecer frío e indiferente ante esta manera admirable de rebajarse hasta las últimas miserias de la ignorancia" (Poujoulat, *Historia de San Agustín,* pág. 183. Madrid).

En orden de mayor cultura, vienen luego los que agrupa en el capítulo noveno de la primera parte, bajo el marchamo de "Gramáticos y oradores". No obstante su mayor preparación literaria, San Agustín los trata con marcada desconfianza y un no sé qué de ironía. Quizás porque los conocía muy bien, pues había pertenecido a su

número. Eran técnicos y "vendedores de palabras". Esta era una opinión que compartía con casi todos los escritores de la época, tanto cristianos como paganos. El oficio no pasaba de ser un "mercado de charlatanería y una cátedra de mentira" (*Confes.*, IX, II, 2). Pero la gracia de Dios también golpeaba a las puertas de sus almas. El catequista debe acogerlos; pero estar alerta y prepararse para que la caridad remedie con humildad los efectos de la ostentosa presunción.

En el capítulo octavo se exponen las formas de adoctrinar a las personas verdaderamente instruidas y cultas. Su contenido es rico en sugerencias psicológicas y recursos de cristiana prudencia.

No falta tampoco un capítulo para los niños: el doce de la primera parte. La caridad ha de suplir pacientemente sus deficiencias y ha de proporcionar los medios para que el catequista consiga llevar a la enseñanza del Evangelio los métodos maternos de educación para obtener el cariño de los pequeños oyentes y asegurar la eficacia y la perseverancia tanto de los alumnos como del maestro.

5. La prueba primordial a que debe ser sometido el que desea ser cristiano consiste en comprobar la absoluta libertad con que procede. Es un principio agustiniano: "No puede creer sino el que quiere" –*Non potest credere nisi volens*–. Se trata de una libertad fundada en la razón porque "es deshonroso creer a alguien sin razón" –*Turpe est sine ratione cuiquam credere (De util. Cred.* XVI, 31), afirma asimismo el Santo.

"Hay que servir libremente a Dios" (*De Ver. Rel.*, XIV, 28). Con la creación del hombre, Dios ha enriquecido al mundo con el don de la libertad, del cual arranca el poder y el deber de servirlo por amor, y no por miedo al castigo ni por interés material.

Un amor libre y desinteresado redunda exclusivamente tan sólo en provecho de la criatura y es de honra para la bondad e infinita generosidad de Dios, cuya gloria está en dar espléndidamente porque El nada necesario recoge de sus criaturas: "No ha menester de bien ajeno, por ser bien soberano por sí mismo" (Id.).

Ha de averiguarse, por tanto, cuáles sean las reales causas que mueven al alumno a solicitar su admisión en la Iglesia, con el objeto no sólo de evitar la violencia externa, sino también toda coacción interna, como la proveniente del temor y de la superstición.

6. Asegurada la libertad, tanto interna como externa, síguese la necesidad de conocer bien al oyente a los efectos de conseguir su atención y adhesión a la doctrina cristiana. Para esto, la adaptación

del maestro a la mentalidad del alumno y a sus circunstancias ambientales es punto fundamental.

Para conseguirlas no basta el querer hacerse entender, son necesarias, además, dos condiciones que deben transir toda la catequesis: el amor y la alegría.

Toda la docencia es un menester de persuasión; pero el camino más corto para alcanzar esta persuasión, y con ella los contravalores formativos de la mente y del corazón, es el afecto. Si éste es problema común a todo enseñar, ¿qué diremos de la catequesis? "¿Puede ser otra razón –pregunta San Agustín– que el mostrarnos Dios el amor que nos tiene y que su amor ha de ser hondamente apreciado por nosotros?" (*De cat. rud.,* IV, 7).

Este amor de parte de Dios a los hombres ha de ser el fin de toda catequesis; de modo que toda ella ha de estar penetrada de este sentido: "Todo lo que digas –añade–, así lo has de decir que el oyente escuchándote crea, creyendo espere y esperando ame" (Id., IV, 8).

Para alcanzar esta sublime meta es indispensable que el catequista se halle compenetrado de este afecto hacia Dios y participe del amor que El tiene por el alumno. Esto exige desinterés y consagración.

El desinterés hará apreciable su afecto. El Santo asegura que la caridad transforma al catequista ennobleciéndolo por el testimonio "de la buena conciencia de no haber exigido a los demás ninguna otra cosa que no sea la eterna salvación de sus oyentes" (Id., X, 15).

La caridad desinteresada hará completa la consagración, hasta el heroísmo. "Compenetrarse –afirma– mutuamente, de manera que ellos escuchando nos entiendan con sus mismas palabras y nosotros enseñando aprendamos de ellos a expresarnos en forma que les guste" (Id., XII, 17).

Esto impone sacrificios y no pequeños. Tan sólo la caridad, el amor a Dios y a las almas, puede estimular la voluntad y encumbrarla sobre todos los obstáculos. San Agustín lo expresa admirablemente en una frase harto conocida: *Ubi amatur non laboratur et si laboratur labor amatur* –"donde se ama no hay dificultades y si las hay se aman las dificultades".

De este modo el catequista habrá alcanzado la correspondencia y a la vez el afecto de su alumno, y así también se le ofrecerá amplia y expedita la senda del corazón y de la mente, porque –como afirma el Santo– "no se alcanza la verdad sino por el amor" –*non intratur in veritate nisi per caritatem.*

7. De la libertad y de la caridad fluye naturalmente la alegría. Esta no debe faltar jamás en el catequista. Nuestro santo Doctor le concede en este tratado una indiscutible y primordial importancia, como al resorte de cuya función depende el éxito docente. "No cabe duda –nos dice– que seremos oídos mucho más gratamente si también nosotros nos gozamos en nuestra labor. Porque el hilo de nuestras palabras vibra en nuestro gozo, y observaremos que brotan más espontáneamente y son recibidas con más aceptación (Id., II, 4).

Para él toda la metodología gira en función de la alegría: "máximo cuidado –insiste luego– debe ponerse en conseguir aquel método que más gusta al catequista: tanto más deleitable será la lección, cuanto más esto se consiga" (Id.).

Aun cuando Deogracias no parece mostrar mucho interés por este aspecto capital de toda buena pedagogía, no obstante –quizás por esto mismo– San Agustín se explaya detenidamente por desenvolver este tema para desterrar de la enseñanza catequística y del ánimo de sus participantes toda posible tristeza.

Con habilidad quirúrgica descubre y sindica hasta seis causas productoras de este gusano roedor del éxito. En síntesis, helas aquí:

Dificultad de expresar con exactitud el propio pensamiento, temor de equivocarse, hastío de repetir siempre lo mismo, indiferencia del alumno, cambio inesperado de plan, y falta de perseverancia en los oyentes causada por los escándalos y las apostasías.

Empero, no se contenta con delatarlas, sino que de inmediato ofrece la terapéutica respectiva: adaptación caritativa, corrección sincera de uno mismo y afectuosa de los demás, imitación de los métodos familiares, amenidad en el decir y evitar la fatiga, física y moral, resignación a la providente voluntad de Dios y, finalmente misericordia con los débiles y más caridad con los nuevos alumnos.

Aquí, como en todo, para Agustín la caridad no sólo es una fuente inagotable de alegría, sino el plano donde se realiza y consuma la verdadera libertad: *Ama et fac quod vid;* "ama –dice– y haz lo que quieres". No habrá ningún temor de que la libertad se exceda si está regulada por una sincera y profunda caridad. Muy por el contrario, pareciera que la voluntad misma, como prueba de la magnitud de su amor, crearía los preceptos si no existiesen. Pero no lo necesitaría, pues el amor a Dios comprende toda la ley. Cuanto más se lo ama, más libertad hay, porque la caridad excluye al temor (*I Juan,* IV, 18).

8. Como queda dicho, la segunda parte de este trabajo expone

dos modelos de lecciones, que nuestro Autor llama *narración*, porque se basan en la profecía y en la historia.

Todo el Antiguo Testamento es para Agustín el preanuncio del Nuevo, que es la realización y perfección del anterior. *Quod in veteri Testamento latet, in novo patet* –"lo que está oculto en el Antiguo Testamento es claro y manifiesto en el Nuevo". Además, para él la historia es como un bellísimo poema, *Carmen pulcherrimum*, de un artista perfectísimo. Con estos dos elementos elabora un método, al que concede una importancia primordial.

En efecto, en su tratado *De Vera Religione*, sostiene que "el fundamento para seguir esta religión es la historia y la profecía, en las cuales se descubre la dispensación temporal de la divina Providencia en favor del género humano, para reformarlo y restablecerlo en la posesión de la vida eterna" (VII, 13). Y más adelante añade: "La divina Providencia no sólo atiende al bien de cada uno de los hombres en privado, sino también públicamente a todo el género humano. Lo que en el interior de cada uno acontece sábenlo Dios y los favorecidos por El. Y lo que se ha hecho con todo el género humano lo quiso transmitir por la historia y la profecía" (XXV, 46).

Se trata, pues, de realizar una armoniosa síntesis, que descifre el misterio de la humanidad premesiánica y patentice la sublimidad de la obra de Jesucristo, mediador de Dios y de los hombres. Indicar a través de la actividad profética y de su realización, el plan trazado y ejecutado por la amorosa Providencia a favor de la humanidad.

Ninguna religión puede enfocar el acaecer histórico con tanta realidad apodítica como el Cristianismo.

Profecía e historia, trama y urdimbre de esta maravillosa obra de la Providencia en beneficio de la criatura humana; donde, cual relieve de un bordado de exquisita factura y belleza, se destaca la figura histórica y la mística del Verbo humanado, Cristo y su Iglesia.

Estas catequesis eran previas. Vale decir que mucho tendría que esperar todavía el oyente hasta llegar a escuchar las grandes y consoladoras verdades del Evangelio y la aclaración de los misterios litúrgicos. Pero este diorama histórico de Cristo y la Iglesia, anunciados y realizados, debía producir una potente impresión en el ánimo y suscitar una favorable disposición de la voluntad para perseverar en la enseñanza catequística.

9. Asimismo, no es pequeño el valor histórico de esta obra para quien desea conocer ciertos aspectos de las cristiandades de Africa,

allá por los siglos cuarto y quinto. No obstante, si cabe no omitir este su valor histórico acerca de una época un tanto pretérita, no es menos conveniente el precisar que su actualidad no sólo no ha disminuido, sino que bajo ciertos aspectos es hoy, más que nunca, un tratado moderno.

Sus ideas pedagógicas no tienen nada absolutamente de rancias. Muy por el contrario, merecen ser detenidamente consideradas por el rico contenido psíquico-didáctico, y por su actualidad y valor permanente. Son datos desbordantes de sugerencias fecundas en recursos. Algo queda siempre latente, porque dicen, insinúan, mucho más de lo que con sus palabras se expresa.

Hoy, su aplicación en la catequesis para los adultos ha de resultar de tanta mayor eficacia cuanto es mayor el ambiente cultural moderno. Y en cuanto a la ignorancia religiosa del moderno adulto cristiano no es inferior a la del pagano antiguo, especialmente entre las clases trabajadoras, alejadas de las prácticas religiosas, causa de esta "escandalosa apostasía de la fe católica por parte de muchos obreros" (Pío XI, *Quadr. an.* III, 3, b) y por la absorción del materialismo ambiente.

El catequista de hoy tiene en esta obra una inagotable venero de recursos. Proporcionárselo con la presente traducción ha sido nuestro ardiente anhelo para así facilitar el trabajo de su delicada misión poniendo a su alcance la colaboración de uno de los más eminentes Padres de la Iglesia.

Arsenio Seage, S. D. B.

Buenos Aires, 15 de octubre de 1953.

Esta traducción del CATECHIZANDIS RUDIBUS **se realizó directamente sobre el texto de la Patrología de Migne, serie latina, tal como se halla en el tomo XL, 290-348. Se ha conservado la división de los capítulos y la marginal en números arábigos como se encuentra en la mencionada obra; pero no así sus títulos, los cuales han sido redactados en forma de facilitar más el uso del tratado.**

PARTE PRIMERA

TEORIA DE LA CATEQUESIS

CAPITULO I

MOTIVOS DE ESTE TRATADO

1. *Contestando a Deogracias.*

Me has pedido, hermano Deogracias, que te escriba algo, que pudiera servirte, acerca de la manera de catequizar a los ignorantes.

Decíasme que en Cartago, donde ejerces el diaconado, de ordinario te encargan de los que han de recibir las primeras nociones de la fe cristiana porque se te considera con notables condiciones para este oficio; poseedor de buena doctrina y con una forma agradable de expresarte.

Tú, sin embargo, casi siempre dudas sobre el modo más oportuno de insinuar lo que se deba creer para ser cristianos, ya calculando cuánto sea lo que deban aprender, ya estudiando la forma adecuada cómo lo han de practicar.

Te afliges también pensando por dónde haya que comenzar la exposición y hasta dónde deba llegar; si una vez concluida debemos añadir alguna exhortación, o tan sólo indicar algunos preceptos por cuya observancia aquel a quien dirigimos la palabra, pueda conocer y perseverar en la vida y profesión cristianas.

Asimismo confiesas y te lamentas de quedarte insatisfecho hasta sentir fastidio de tus lecciones por largas y pesadas, y que mucho peor ha de sentirlas el que instruyes y los demás que habían ido para escucharte.

Por tanto, apremiado tú por la necesidad, me apremias a mí por la caridad que te debo, para que te escriba algunas cosas sobre este tema, no obstante la sobrecarga de mis ocupaciones.

2. *Motivos de este tratado.*

Pues bien, a mi vez me siento inducido no sólo por la caridad y obligación que a ti particularmente te debo, sino también por la que

universalmente debo a la Madre Iglesia. De modo que si, por la largueza divina, de algo vale mi trabajo, estoy obligado por el mismo Señor a colaborar con los que El hizo hermanos míos y de ningún modo rehusarme; antes bien atenderlos con pronta y afectuosa voluntad.

Si de ordinario anhelo de veras que los tesoros del Señor sean distribuidos, cuánto mayor será mi empeño si llegase a descubrir que algún otro de los dispensadores, consiervos míos, tiene dificultades en hacerlo. Entonces haré todo cuanto esté de mi parte para que con facilidad y prontitud, él consiga realizar lo que activa y empeñosamente deseaba.

CAPITULO II

DIFERENCIAS ENTRE EL ORADOR Y EL OYENTE

3. *Alguna vez el discurso grato al oyente disgusta al que habla.*

Por lo que a ti concierne, es necesario que te saques la idea de que tus lecciones sean frecuentemente desvalidas y fastidiosas. Por el contrario, puede muy bien suceder que a tu oyente no le parezca así. Es que tú, deseando ser oído con más atención, juzgas que la disertación no era digna de ser escuchada. Casi siempre, a mí también me desagradan mis discursos. Algunas veces me gustan cuando los estoy pensando antes de pronunciarlos; pero luego los noto inferiores a lo que había pensado y me aflige que mis palabras sean tan incapaces de interpretar los sentimientos de mi corazón.

En rigor, pretendo que todo lo que pienso sea a su vez entendido por el que escucha; pero advierto que no consigo expresarme de tal modo que así resulte.

Esto se debe especialmente a que la idea con instantáneo fulgor llena la mente, mientras la palabra, por el contrario, es lenta, difusa y muy distinta. Cuando ésta se expresa, aquélla se ha vuelto ya a su intimidad.

Sin embargo, debido a que de un modo admirable quedan ciertos vestigios impresos en la memoria, continúa el pensamiento perdurando como si lo demorasen las dilaciones de la pronunciación. Así, por estos vestigios proseguimos emitiendo signos verbales que suenan ya en latín, ya en griego o en hebreo o en cualquier otra lengua. Pero, aun cuando estos signos se sigan pensando o se expresen oralmente, aquellos vestigios no son latinos ni griegos ni hebreos ni pertenecen a ningún pueblo, sino que se producen en la mente, como el gesto en el rostro.

La ira, por ejemplo, se expresa de un modo en latín, de otro en griego y diversamente en cada idioma, no obstante el aspecto iracundo no es latino ni griego. Quizás no todos lo entiendan así, de modo que pudiera creerse que alguien diga con razón: yo me enojé, pero tan

sólo en latín. No obstante, cuando la pasión del ánimo iracundo se muestra en el rostro por la alteración del semblante, todos sienten hallarse ante un enojado.

De esto no se deduce legítimamente que sea posible expresar con palabras aquellos vestigios que la inteligencia graba en la memoria, con la claridad y evidencia con que el sentimiento se manifiesta en el rostro; porque la idea está en el interior del alma; y el rostro, afuera en el cuerpo.

De todo esto se sigue cuánta sea la distancia que media entre el sonido de nuestra boca y la naturaleza de aquel fulgor de la inteligencia, pues el sonido ni siquiera puede compararse a las impresiones de la memoria.

Por lo demás, nosotros estamos comúnmente tan afanados por ser útiles a nuestros oyentes, y de tal modo quisiéramos expresar lo que deseamos, que por la misma vehemencia no conseguimos hacerlo debidamente. Y al no resultarnos, nos atormentamos como si en vano nos hubiéramos consagrado a nuestro trabajo; desfallecemos de fastidio; y por causa de este fastidio el discurso se torna más lánguido y más enervante de lo que hubiera sido. De donde se cae fácilmente en la tristeza y en el aburrimiento.

4. *Hablar con gusto y evitar el fastidio.*

Con frecuencia observo a los que desean oírme; y me parece que no es tan fría mi exposición; por el gusto que muestran, deduzco que sacan provecho. Así me estimulo para no abandonar este ministerio viendo que acogen con buena disposición lo que se les enseña.

También tú has de entender, por eso mismo que tan a menudo te llevan a los que deben ser instruidos en la fe, que tus lecciones no disgustan a los demás tanto, como a ti te disgustan. Por esto no quieras juzgarte infructuoso si lo que piensas o concibes no eres capaz de exponerlo como quisieras, tanto más que ni siquiera se es capaz de concebir como uno desearía. En esta vida, ¿quién puede verdaderamente ver, sino como a través de un espejo y oscuramente? (I Cor., XIII, 12). Ni el mismo amor, aun cuando sea mucho, puede penetrar, superadas las sombras de la carne, la eterna claridad donde también estas cosas temporales brillan. Pero como los buenos se esfuerzan en adelantar cada vez más hasta contemplar el día sin auroras ni noches –"que ojo no vio, ni oído oyó, ni se imaginó el corazón humano" (I

Cor., II, 9)– será bueno que recuerdes que nada es tan dañoso para nuestra palabra de instrucción a los ignorantes, como tratar de concebir lo inusitado y hastiarnos de hablar lo usual.

No cabe duda que seremos oídos mucho más gratamente si nosotros también nos gozamos en nuestra labor. Porque el hilo de nuestras palabras vibra en nuestro gozo, y observaremos que brotan más espontáneamente y son recibidas con más aceptación.

Por tanto, no es una empresa ardua el enseñar lo que se debe creer, establecer los límites de la exposición, ni cuándo y cómo deba ser activa la narración; y si algunas veces breve y otras más largas, pero siempre completa y perfecta.

Empero, el máximo cuidado debe ponerse en conseguir aquel método que más gusta al catequista; tanto más deleitable será la lección, cuanto más esto se consiga.

Ciertamente que esto corresponde a un precepto. Pues, si Dios ama a quien alegremente da los bienes corporales, ¿con cuánta más razón no amará al que dona los espirituales? (II Cor., IX, 7). No obstante, el gozar de esta alegría en su hora oportuna, es misericordia de aquel de quien dependen todas las cosas.

En fin, trataremos, pues: primero del método narrativo, acerca del cual pareces interesarte; luego del modo de ordenar y exhortar; y por último de la forma de conseguir esta alegría que Dios concede.

CAPITULO III

PRINCIPIOS DE LA INSTRUCCION CATECUMENAL

5. *Contenido de la instrucción.*

La instrucción se dirá completa cuando partiendo de aquello: *"En el principio Dios creó el cielo y la tierra"* (Gen., I, 1), llega hasta los actuales tiempos de la Iglesia.

No quiere decir que debamos presentar todo el contenido del Pentateuco y de los demás libros, Jueces, Reyes y Esdras; todo el Evangelio y Hechos de los Apóstoles, repitiéndolos de memoria; o ya exponiéndolos y explicándolos con palabras nuestras, mientras vamos narrando todo lo que en esos volúmenes se contiene. No lo permitiría el tiempo, ni hay necesidad alguna que lo exija.

Todo, sin embargo, ha de ser comprendido en forma breve y general, eligiendo aquellos asuntos más llamativos; los que se oyen con más gusto y que forman como las articulaciones del conjunto. Mostrarlos como velados, sin arrebatarlos de improvisto de su atención, sino insistiendo algún tiempo, ya desarrollándolos y explicándolos, y como ofreciéndolos para que sean observados y admirados por la mente de los que escuchan. Finalmente, unir todo entre sí, grabarlo como con una rápida incisión.

Pero de modo que aquellas cosas que mayormente queremos destacar, han de sobresalir sobre las menos importantes para que el alumno no llegue como fatigado a lo fundamental, ni se le confundan las cosas en la memoria.

6. *La Caridad, meta de la Catequesis y de la Escritura.*

Por prudencia no será conveniente que en todo se haga patente el fin de la enseñanza, que es la caridad de un corazón puro, de una conciencia buena y de una fe sincera (I Tim., I, 5), como si toda la enseñanza tuviese que tratar exclusivamente de ella. Más bien, con nuestro estímulo y dirección, lo descubra el mismo a quien con nuestras palabras tratamos de instruir.

En rigor no por otro motivo se escribieron las Sagradas Escrituras antes de la llegada del Señor, sino para que fuese recordada su venida y se anunciasen los acontecimientos futuros de la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, el pueblo de Dios, formado por todas las gentes, contando y añadiendo también a todos aquellos santos que anteriormente a su venida vivieron en este mundo y creyeron que vendría, como nosotros creemos que ya vino [1].

Jacob, al nacer, primeramente sacó la mano con la cual asía un pie de su hermano gemelo ya nacido; luego siguió la cabeza y por último todo el cuerpo (Gen., XXV, 26). Sin embargo, es la cabeza la que por dignidad y poder no sólo precede a los demás miembros que siguieron, sino también a la misma mano que había salido antes. Por esto, aun cuando no haya sido la primera en aparecer, no obstante lo es por orden de la naturaleza.

Así también el Señor Jesucristo, el cual es Dios bendito eternamente sobre todos (Rom., IX, 5), antes de hacerse hombre, en cierto modo ya se había aparecido desde el seno de su misterio a los ojos de la humanidad como Mediador de Dios y de los hombres, adelantándose por medio de los Patriarcas y Profetas como con una parte de su cuerpo.

Era como la mano precursora de su nacimiento y que también suplantaría, con sus cinco dedos, a aquel pueblo que lo precedía, pero que por su soberbia se había atado con las cadenas de la ley [2], porque a través de las cinco divisiones del tiempo no había dejado de ser anunciado y profetizado que el habría de venir [3]. Con relación a esto, fue dada la Ley por el mismo que había escrito los cinco libros [4]. Empero, este pueblo soberbio entendió materialmente la Ley y buscó con ella afirmar su propia justicia (Rom., X, 3); por esto no fue lleno de bendiciones por la mano cerrada y apretada. Entonces sus pies necesariamente vacilaron y cayeron, en cambio nosotros nos alzamos y fuimos puestos de pie (S., XIX, 9).

Dije, pues, que Cristo envió primero una parte de su cuerpo en la persona de los santos anteriores a su nacimiento; pero como El es la cabeza del Cuerpo de la Iglesia (Colos., I, 18), ellos al profetizarlo creían en El y a El se unieron como a su cuerpo. No se los iba a rechazar por el hecho de haber precedido; más bien fueron unidos por haber obedecido; pues, aun cuando la mano puede ir adelante, su conexión se halla por debajo de la cabeza.

Por tanto, todo lo que antes fue escrito, para nuestra enseñanza

fue escrito (Rom., XV, 4). Fueron nuestras figuras, pues “en figuras les sucedieron a ellos, y fueron escritas para nosotros en quienes ha llegado la plenitud de los tiempos” (I Cor., X, 11).

CAPITULO IV

LA LEY DEL AMOR

7. *La Caridad, razón máxima de la Encarnación.*

La razón máxima de la venida del Señor, ¿puede ser otra que el mostrarnos Dios el amor que nos tiene y que su amor ha de ser hondamente apreciado por nosotros?

Cristo, en efecto, murió por nosotros, aun cuando éramos todavía enemigos (Rom, V, 6-9); de donde se sigue que el fin y la plenitud de la Ley es la caridad (I Tim., I, 5 y Rom. XIII, 9), para que nos amemos los unos a los otros, y del mismo modo que El dio su vida por nosotros así también nosotros la demos por los hermanos (I Juan, III, 16).

Si antes se había vacilado en amar a Dios –empero, con anterioridad nos amó y hasta no perdonó a su único Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros–, ahora, por lo menos, no es posible vacilar sino devolverle amor por amor.

Verdaderamente, no hay mayor invitación a ser amado que adelantarse amando; y nada es tan duro para un corazón que ofrece amor que el no ser correspondido. Hasta en las amistades vergonzosas y deshonestas lo vemos. Y entre aquellos que mutuamente se buscan para amarse, no hay mejor modo que tratar de mostrar y probar cuánto sea lo que aman. Así, con apariencias de justicia, poder exigir que a ellos se les dé lo que con insistencia demandan de aquellos que se esfuerzan en seducir. Mayores son sus deseos cuando advierten que el corazón buscado se agita inflamado por la misma llama que a ellos los consume.

Ahora bien, si el que acomete los ánimos se entusiasma sintiéndose amado, y el que ardía se enciende más cuando advierte que es correspondido, no cabe duda que nada hay más grande para que el amor se encienda o aumente que el que ama llegue a conocer que es amado, y el que primero ardía pueda ya confiar, ya comprobar que es correspondido.

Y si todo esto sucede entre amores torpes, ¿cuánto mayor no será en la amistad? ¿Qué cosa evitamos más para no ofender a la amistad, sino que el amigo piense que ya no lo amamos, o que lo estimamos menos de lo que él nos estima?

Si tal llegase a creer, sería más frío en un afecto de cuya familiaridad singularmente gozan los hombres; siempre que no se hubiera ya debilitado tanto, que la ofensa hubiese conseguido apartarlo de todo cariño. Pero si todavía permaneciese en la amistad, ama no tanto para su deleite cuanto para precaverse.

Adviértase también que puede ser paga del trabajo, al modo con que los superiores quieren ser amados por sus inferiores gozando de su atento servicio. De manera que cuanto más servidos se ven, tanto más los estiman. Pero por su parte el inferior tanto más estimará al superior cuanto más se sienta estimado por él. En esta circunstancia el amor que proviene de la abundancia de los beneficios es más agradable que el que procede de las exigencias de la necesidad. Este amor lo origina la miseria; aquel otro es fruto de la misericordia.

Empero, nunca el inferior se conmoverá de afecto en grado indecible, como cuando ya sin ninguna esperanza de conseguir el amor del superior, éste espontáneamente se digna mostrarle cuánto lo ama a él, que de ninguna manera se había atrevido a prometerse un bien tan grande.

Y bien, ¿quién superior a Dios, supremo juez; y quién tan sin esperanzas como el hombre pecador? El hombre se había entregado a las soberbias potestades incapaces de dar la felicidad; y más estrechado y subyugado cuanto más desesperaba de ser protegido por aquella potestad que no aspira a ser sublime por opresión, sino que es sublime por bondad.

8. *La Catequesis ha de ponderar el amor de Cristo.*

Principalmente vino Cristo para que el hombre conociese cuánto lo ama Dios, y por tanto conozca y se inflame de amor por quien lo amó primero; y ame al prójimo por mandato y como prueba de que ama al que siendo prójimo, se hizo prójimo por amor al que, desde tanto tiempo, se le había alejado.

Toda la divina Escritura antigua fue escrita para anunciar la venida del Señor, y todo lo que después se escribió con apoyo de la divina autoridad, narra a Cristo y obliga al amor.

Es evidente que no sólo toda la Ley y los Profetas penden de estos dos mandamientos: amor a Dios y amor al prójimo (Mat., XXII, 40) –como hasta el momento de su venida lo afirma el Señor–, sino también cualquier otro libro que para nuestra salud fue posteriormente escrito y conservado. De modo que en el Antiguo Testamento está oculto el Nuevo; y en el Nuevo Testamento está revelado el Antiguo.

Por esta ocultación todos los que, entonces y hoy, materialmente entendieron la Escritura, fueron subyugados por un temor penal; en vez, por esta revelación los que entonces espiritualmente la entendieron todavía enseñaron lo oculto a los que piadosamente lo deseaban. Ahora por el don de la caridad, los espiritualmente entendidos han sido liberados y no ocultan lo revelado a los que humildemente lo buscan.

En verdad nada hay tan contrario a la caridad como la envidia, cuya madre es la soberbia.

El mismo Señor Jesucristo, Dios hombre, fue la prueba del amor divino hacia nosotros y ejemplo de la humildad humana para que nuestra gran hinchazón fuese sanada con una medicina contraria mayor. Grande, en efecto, es la miseria del hombre soberbio; pero mayor la misericordia del Dios humilde.

Este mismo amor debes proponértelo como fin, al cual refieras todo lo que digas. De modo que cualquier cosa que narres, así has de narrarla que el oyente escuchándote crea, creyendo espere y esperando ame.

CAPITULO V

EXAMEN PREVIO A LA CATEQUESIS

9. *Diversos motivos y sus remedios.*

Sobre la misma severidad de Dios, que sacude con salubérrimo temor los corazones, hay que edificar la caridad.

De modo que el hombre se alegre de ser amado por quien tanto teme, y a su vez, se anime a amarlo y tema desagradar su amor, aun cuando dentro de sí mismo pueda impunemente hacerlo.

Raramente sucede –más bien nunca– que alguno de los que quieren hacerse cristiano, no sea empujado por miedo a Dios. El que venga esperando alguna ventaja de los hombres por juzgar que de otra manera no puede agradarlos; o para evitarse alguna incomodidad de aquellos de quienes teme ofensa o enemistad, más que hacerse cristiano pretende fingir la fe, que no es cosa para contento corporal, sino para el alma creyente.

A menudo aparece claramente la misericordia de Dios por el misterio del catequista pues, convertido por su palabra, luego se propone realizar lo que se había propuesto fingir; en cuyo caso debemos juzgar que vino entonces cuando empezó a querer. Por cierto que permanece oculto para nosotros ese momento en que llegó con el alma, el que tan sólo teníamos presente con el cuerpo. De donde se sigue, que debemos tratarlo de tal modo que, aun cuando no la tenga, se despierte en él esta resolución. Y si acaece que por nuestra labor se resolviera; en rigor nada se habría perdido porque no lleguemos a saber en qué tiempo o momento esto haya podido suceder.

La encuesta principio del exordio [5]

Util y bueno es que seamos advertidos, antes si es posible, por aquellos que lo conocen, acerca de las disposiciones de su ánimo, y por qué causa se habrá resuelto a estudiar Religión. Y si faltase quien

nos pudiera informar, a él mismo deberemos interrogar para que de su propia respuesta saquemos el exordio de la lección.

Pero si se acercara con torcida intención buscando humanas ventajas o por evitarse molestias, y aun mintiendo; todavía de la misma mentira hemos de sacar motivo para comenzar. No refutando su mentira, como si ella te constase, sino aprobando el propósito que dice haberlo traído; si el tal propósito en realidad merece ser aprobado. Ya diga verdad o diga mentira, aprobemos y alabemos esa buena determinación y hagamos que goce en ser tal, cual desea aparecer.

Si lo que dijera fuese opuesto a lo que necesariamente ha de estar en la intención de quien desea ser instruido en la fe cristiana, con mucha blandura y suavidad habrá que corregirlo como a rudo e ignorante, alabando y mostrándole el verdadero fin de la doctrina cristiana, pero mesurada y brevemente para no acortar la exposición, o porque no te atrevas luego a dictarla si antes debieras serenar el ánimo.

Procura que él quiera lo que por error o mentira antes no quería.

CAPITULO VI

EXORDIO DE LA LECCION

10. *Casos de temor supersticioso.*

Si hubiese manifestado que se decidía a hacerse cristiano por una amonestación o amenaza de lo alto, nos dará excelente motivo para comenzar el exordio refiriéndonos a cuán grande es el cuidado que Dios tiene de nosotros.

Sin embargo conviene elevar esa intención, desde semejante tipo de milagros o sueños al camino más sólido y al oráculo más cierto de las Escrituras. Entienda que por misericordia le fue hecha la admonición antes de dedicarse al estudio de las santas Escrituras. Demostrarle, por tanto, que el Señor no lo amenaza o compele a hacerse cristiano e incorporarse a la Iglesia; ni le instruye con tales señales o revelaciones, sino que ha querido tomarlo más seguramente y sin peligro, preparándole un camino en las Sagradas Escrituras, en las cuales no hay que buscar milagros visibles, sino esperar los invisibles; ni se es amonestado durante el sueño, sino despierto.

Dos escollos.

Si para las engañosas ficciones de los poetas –inventadas para placer de la imaginación, de la cual son frívolo alimento– hay personas llamadas gramáticos, conceptuadas capaces, consagradas a su estudio, convencidos de su utilidad, no obstante ser un vano pero ávido cebo de valor transitorio, ,cuánto más cautos debemos andar nosotros para evitar que, por falta de orden y razón en las partes, o por frívolo amaneramiento, o también por dañoso interés, no sean creídas las verdades que exponemos?

Empero, no hay que insistir tanto en las causas y razones que, abandonada la exposición, nuestro entusiasmo y nuestra lengua se resbalen por intrincadas discusiones. La propia razón de la verdad expuesta, ha de ser como el oro que une la disposición de las perlas, pero sin alterar el orden de los adornos con algo inmoderado.

CAPITULO VII

TOPICOS FINALES

11. *Las postrimerías y escándalos actuales.*

Concluida la narración, debes hacerle conocer la esperanza de la resurrección. De acuerdo a la capacidad y preparación del oyente y del tiempo disponible, ha de tratarse –contrarrestando las vanas burlas de los infieles– la resurrección del cuerpo y el juicio final, tan útil para los buenos como severo para los malos y justísimo para todos.

Habrá que ponderar los castigos de los impíos inspirándole horror y detestación; como también el reino de los justos y fieles y el goce de la celestial ciudad despertando su deseo.

Entonces verdaderamente ha de prevenirse y alentar la debilidad humana contra las tentaciones y los escándalos tanto de afuera como de adentro de la Iglesia. De afuera son los que provienen de los paganos, judíos o herejes; de adentro es la cizaña del campo del Señor.

No disputar contra cada tipo de perversidad; ni refutar sus pésimas opiniones, ni todas las cuestiones propuestas; sino que brevemente se demostrará que todo esto ya fue predicho. Establecer cuál sea para los fieles la utilidad de las tentaciones y cuáles sean sus remedios, aprendiendo de la paciencia de Dios que tiene establecido permitir todo esto hasta el fin.

Cuando se los prevenga contra la multitud de malos que materialmente llena las iglesias, entonces ha de recordárseles en forma rápida y de modo conveniente los preceptos del honesto vivir cristiano para que no sean fácilmente seducidos por ebrios, avaros, defraudadores, jugadores, adúlteros, fornicarios, frecuentadores de espectáculos, preparadores de medicina sacrílegas, encantadores, astrólogos o adivinos de cualquier tipo de magia, y por otras clases de viciosos.

No vayan a creer que semejantes cosas quedarán sin castigo porque vean a muchos, que se llaman cristianos y aman, hacen, defienden, aconsejan y persuaden todas estas cosas.

Hay que darles una enseñanza sólida, basada en el testimonio de los libros divinos, sobre el fin que aguarda a los que llevan tal género de vida, y por qué son tolerados en la Iglesia, de la cual al final serán arrojados.

Pero también debe adelantárseles que encontrarán en la Iglesia, cuando ellos mismos comiencen a serlo, muchos cristianos buenos, sincerísimos ciudadanos de la celestial Jerusalén.

Motivos del obrar cristiano.

Antes de terminar, amonésteselos con toda diligencia para que no pongan su confianza en persona humana, pues a nadie es fácil determinar qué hombre sea justo; pero si aún esto fuera fácil conseguir, no se sigue que al proponérsenos los ejemplos de los buenos se hace con el fin de ser por ellos justificados; sino para que imitándolos sepamos que alcanzaremos la justificación de Aquél mismo que los justificó a ellos.

Sin duda es la oportunidad de conseguir –y esto es principalmente recomendable– que cuando el que nos escucha, o más bien por nosotros escucha a Dios, comience a progresar en la ciencia y en las buenas costumbres y a entrar con alegría en el camino de Cristo, ni a nosotros ni a sí mismo se atribuya su adelanto; sino que ame a su persona y a sus amigos en Aquél y por Aquél que lo amó enemigo para hacerlo amigo justificándolo.

Al llegar aquí, soy de opinión de que tú ya no necesitas de maestro para determinar el tiempo, tanto el tuyo como el de tus oyentes; cómo debas proceder con brevedad o detenerte en temas extensos. Nadie puede determinarlo; tan sólo lo impone la necesidad.

CAPITULO VIII

CATEQUESIS PARA LAS PERSONAS CULTAS

12. *Caso especial.*

Hay algún caso que razonablemente no debe pasarse de largo. Tal sería que llegase a ti para ser catequizada alguna de esas personas cultas en ciencias y letras, ya resuelta a hacerse cristiana.

Es un caso sumamente difícil, pues instruido en muchas cosas de nuestras divinas Letras, se acercan tan sólo para recibir los Sacramentos. Estos no pueden ser tratados al mismo tiempo que los demás, porque suelen con anterioridad y detenidamente inquirir sobre todo y sobre los sentimientos de su alma para luego consultar y discutir.

Con estos tales hay que proceder con brevedad y no resultar molestos insistiendo en lo que ya saben, sino resumir con moderación. Le hemos de manifestar que, suponiendo todo lo que saben, pasaremos rápidamente y como enumerando todo lo que con insistencia enseñamos a los incultos e ignorantes.

De modo que si en realidad sabe, no nos tome por sus maestros; y si todavía algo ignorase, lo aprenda mientras se lo repetimos como si ya lo supiese.

Encuesta sobre las obras leídas.

Para no interrogarlo inútilmente acerca de los motivos por los cuales se resolvió hacerse cristiano, averiguarás si fue persuadido por la lectura de libros canónicos o de tratados instructivos. Sobre lo cual conversarás al principio alabando las obras según la importancia de la autoridad canónica o de la hábil diligencia de los expositores. Principalmente se le destacará en las Escrituras canónicas, cómo su admirable elevación se encuadra dentro de un estilo de saludable humildad; y en los otros libros ponderar lo elevado y hábil de su estilo, apto para las mentes superiores, y su armonioso y pulido discurso para las más superficiales.

También es conveniente conseguir de él que indique lo que mayormente haya leído; cuáles son los libros que más aprecia y usa, y por cuya influencia se persuadió a solicitar su ingreso a la Iglesia.

Una vez que lo haya manifestado, entonces si esos libros nos son conocidos ya directamente, ya por referencias de persona eclesiástica o, al menos, porque sabemos que han sido escritos por algún conocido autor católico, aprobaremos su lectura con gusto.

Si, por el contrario, hubiese dado con obras de algún hereje, quizás ignorando que su lectura la reprueba la verdadera fe, pero juzgó que era católico; ha de instruírsele esmeradamente con abundantes pruebas sacadas de la autoridad de la Iglesia universal y de las controversias, y por los escritos de los más doctos varones que se distinguieron por la verdad.

Y todavía, entre aquellos mismos que emigraron de esta vida siendo católicos y dejaron para la posteridad algo de doctrina cristiana, puede que en algunos lugares de sus opúsculos –o por no haber sido entendidos, o por humana condición, careciendo de capacidad intelectual no penetraron lo más oculto y aparecen como alejados de la verdad– hayan sido para algunos audaces y presumidos ocasión de elaborar e inventar alguna herejía.

Esto no debe llamar la atención ni en las mismas Escrituras canónicas donde todo es sincerísimo, cuando se toma de distinta manera alguna cosa que el escritor sintió y aún la misma verdad. Y si esto tan sólo fuera, ¿quién no trata de excusar la humana debilidad siempre pronta para corregir? Sin embargo, no son pocos los que opinaron perversa y depravadamente por animosidad acérrima y propugnaron por arrogancia porfiada, produciendo muchos perniciosos dogmas y rompiendo la unidad de la comunión.

Todo esto en templada conversación debe tratarse con quien –no con el idiota, como se dice, sino con el erudito– por obras de los doctos, viene para asociarse al pueblo cristiano. Y para que se cuide de los errores de la presunción, tanto debe ser apremiado con autoridad cuanto se aprecia que va admitiendo en él aquella humildad que lo ha traído.

Lo restante, sea lo que fuese, que deba ser narrado o enseñado sobre la fe o las costumbres, y acerca de las tentaciones, hágase de acuerdo a las reglas de la más sana doctrina y –como dije– ha de tratarse de tal modo que tienda hacia aquella supereminente senda por la cual han de tender todas las cosas.

CAPITULO IX

CATEQUESIS PARA GRAMATICOS Y ORADORES

13. *Cómo ha de tratarse a los gramáticos y oradores.*

Entre los que vienen a hacerse cristianos hay también algunos procedentes de las numerosas escuelas de gramáticos y oradores [6].

Cuídate de contarlos entre los ignorantes ni entre aquellos más doctos, cuya mente se ejercita en cuestiones y problemas serios.

Así pues, cuando lleguen éstos, que según parece sobresalen entre todos los demás hombres por su arte de hablar, con tanta mayor intensidad debemos consagrarnos más a ellos que a los iletrados, cuanto que con diligencia han de ser amonestados para que revestidos de humildad cristiana aprendan a no despreciar a los que conocen mejor cómo se evitan los vicios de las costumbres que los vicios de las palabras; y que no se atrevan a comparar a un corazón casto una lengua ejercitada, ya que se habían acostumbrado a preferirla.

A éstos principalmente hay que instruirlos sobre la forma de escuchar las Escrituras divinas para que no sientan desagrado de su lenguaje sólido y sin hinchazón.

No deben creer que, los dichos y hechos humanos que en esos libros se contienen como envueltos y ocultos con velos materiales, han de ser aceptados tal como suenan en la letra, sino que para entenderlos deben ser descubiertos y aclarados.

Más que la utilidad del secreto –de donde su nombre de misterios–, sirve el arcano de los enigmas para excitar el amor a la verdad y sacudir el entorpecimiento del fastidio. La misma experiencia se lo prueba, pues, cuando algo se ofrece con claridad no interesa tanto, como lo que se descubre por la interpretación de una alegoría.

Para éstos es de gran utilidad el saber que sentencias así deben ser preferidas a las palabras; como el alma, al cuerpo. De donde se sigue que así como se prefieren los amigos más prudentes a los más elegantes; así también deben preferirse los discursos más veraces a los más elocuentes.

El amor del alma es el discurso preferido por Dios.

Han de saber también que para los oídos de Dios no hay discurso semejante al amor del alma. Por esto no se burlarán si conociesen que algunos prelados y ministros de la Iglesia invocan a Dios cometiendo barbarismos o solecismos, o no entienden ni distinguen ordenadamente las mismas palabras que dicen [7].

Desde luego que esto debe corregirse no tan sólo para que el pueblo entienda con claridad y pueda decir Amén; sino también para que sean piadosamente aceptadas por aquellos que las habían estudiado en el foro como palabras y ahora las escuchan en la Iglesia como plegarias de bendición. Porque nunca se llamó bendición lo que en el foro a veces se llama buena dicción [8].

Con referencia al Sacramento [9] que deberán recibir, es suficiente que oigan los más prudentes qué cosa signifique; y con los más lentos por algún tiempo habrá que tratarlo con muchas exposiciones y semejanzas para que no desprecien lo que luego verán.

CAPITULO X

NECESIDAD DE LA ALEGRIA EN EL CATEQUIZAR

14. *Seis causas de tristeza.*

Ahora, con razón, tú desearías algún modelo de lección, con el cual yo te muestre cómo deba realizarse todo cuanto acabo de advertir. Lo haré ciertamente en la forma que pueda con la ayuda de Dios.

Pero antes –como lo prometí– he de ocuparme de aquella alegría, cuya consecución es necesaria. Porque acerca de las normas de una lección que haya que dictar al catequizando que viene para hacerse cristiano, ya lo cumplí de un modo al menos suficiente y de acuerdo a lo prometido.

No hay razón, pues, para exigirme que realice yo mismo en este tratado aquello mismo que enseñé como deba hacerse. Si, por tanto, lo hago, servirá de propina. Pero, ¿por qué ley he de dar la propina antes de haber satisfecho mi deuda?

En verdad, no te oí mayormente quejarte, tan sólo que tu lección catequística a ti te parecía vulgar y desestimable. Bien sé que esto sucede no tanto por los temas que debes tratar, pues conozco que te hallas preparado e instruido, ni por la pobreza de la misma exposición, sino por tristeza de tu alma.

Y esto, por la causa ya dicha. Porque tanto nos deleita y retiene la idea que concebimos en el silencio de nuestra mente, que de ahí no queremos sacarla llamándola al distanciado estrépito de las palabras.

O también porque cuando un discurso es agradable, nos place oírlo, o leer lo que haya sido mejor dicho y por considerarlo más útil o más oportuno al argumento, tomarlo como prestado adaptándolo a la capacidad de otro en forma espontánea, pero con éxito incierto.

O quizás porque todo lo que se trata de enseñar a estos ignorantes, por sernos archisabidas y ya sin provecho para nosotros, nos cansa tratarlas con tanta frecuencia y porque no parece que con temas tan usados e infantiles pueda adelantar con gusto un espíritu ya grandecito.

El oyente también puede ocasionar tedio al disertante, permaneciendo indiferente ya no mostrando afecto alguno; o porque ni siquiera indica con un gesto que entiende o le agrada lo que se le dice. Esto último es muy conveniente, no porque seamos ávidos de humana alabanza, sino porque las cosas que servimos son de Dios; y cuanto más amamos a nuestros discípulos, tanto más deseamos que se gocen en los bienes que para su salvación les ofrecemos. Que si tal no sucede, nos entristecemos, y se desalienta y abate nuestro empeño como si hubiéramos trabajado en vano.

Otras veces cuando nos impiden realizar aquello que, por ser de nuestro gusto o necesidad, queremos; o cuando somos contrariados por una orden de quien no deseamos disgustar; o por la inevitable insistencia de quienes nos exigen catequizar a alguno; entonces conturbados nos dedicamos a una labor para la cual se necesita mucha tranquilidad; nos sentimos contrariados porque se nos altera el orden de nuestras ocupaciones y porque no alcanzamos a satisfacer a todos. La lección que procede de este afligente estado de ánimo será menos grata, pues no brota espontánea por la aridez de la pesadumbre.

Otras veces, cuando se tiene el corazón dominado por el recuerdo de algún escándalo, entonces no falta quien diga: "Ven, prepara a éste que viene para hacerse cristiano". El que así habla ignora la pena oculta que nos quema; y si no es conveniente descubrírsela, entonces ejecutamos su deseo con el mayor desgano. Esta lección, sin duda, será más floja y más áspera, por salir de un ánimo turbado e inflamado.

Por consiguiente, para cualesquiera de todas estas causas que puedan nublar la serenidad de nuestra mente, con el favor de Dios se le ha de buscar remedio, de modo que se afloje ese endurecimiento de nervios y con fervor de espíritu podamos alegrarnos y gozar serenamente de nuestra buena acción, pues, *Dios ama al que da con alegría* (II Cor., IX, 7).

15. *Necesidad de adaptación.*

Nos contristamos por aquella causa cuando advertimos que el oyente no alcanza nuestro pensamiento, desde cuya cima tendremos que descender de alguna manera, viéndonos obligados a adaptarnos por medio de la lentitud de un estilo enormemente inferior, distancia-

do, y mal soportamos recurrir a formas extrañas y circunloquios con el fin de que llegue hasta los labios lo que la mente bebió a rápidos sorbos. Y como el resultado es muy diferente, uno se fastidia de hablar y le agrada callarse.

Meditemos lo que nos fue enseñado por Quién nos ha dado ejemplo para que siguiéramos sus pasos (I Pedr., II, 21). Por mucho que nuestras articuladas palabras difieran de la vivacidad del pensamiento, muchísima mayor diferencia hay entre el devenir humano y la inmutabilidad divina. Sin embargo, aun siendo de la misma naturaleza, *se anonadó tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz* (Fil., II, 6-8).

¿Por qué razón, pues, se hizo enfermo si no para ganarse a los enfermos? (I Cor., IX, 22).

Y ahora escucha a su imitador [10], que en otra parte dice: *Porque si nos hacemos como locos es por Dios; si procedemos juiciosamente es por vosotros. La caridad de Cristo nos apremia, persuadidos como estamos que uno murió por todos* (II Cor., V, 13-14).

¿Cómo, pues, se hallaba preparado a entregarse por sus almas (Id., XII, 15), si se hubiera rehusado a hacerse entender por ellos?

Por tanto, se hizo niño entre nosotros, como madre que nutre con ternura a sus hijos (I Tes., II, 7).

¿Acaso, sino interviene el amor puede ser un deleite el musitar palabras estropeadas y mutiladas?

Y sin embargo los hombres hacen esto, anhelando entretener a sus hijitos. Y mucho más agradable es para una madre el masticar trozos diminutos para ponérselos luego en la boca de su pequeñuelo, que el masticar y comer ella misma pedazos mayores. Y no se aleje de nuestro corazón el recuerdo de aquella gallina, que con blandísimas plumas acoge su cría y llama con quebrada voz a los piadores pollitos. A sus blandas alas, las rehuyen los soberbios y concluyen por ser presa de las aves de rapiña (Mat., XXIII, 37).

Si, pues, la inteligencia se goza en los profundos y verísimos pensamientos, tanto más se deleitará al comprender cómo la caridad cuanto más amablemente desciende a las cosas ínfimas, tanto más enérgicamente se elevará a las más elevadas por la ayuda de la buena conciencia de no haber exigido de los demás ninguna otra cosa que no sea la eterna salvación de ellos mismos.

CAPITULO XI

COMO COMPORTARSE EN LAS EQUIVOCACIONES

16. *Diversas clases de errores.*

Si preferimos más leer u oír lo que está preparado y mejor dicho, nos aflige, sin embargo, el temor de equivocarnos cuando tratamos de ir adaptándolo a lo que vamos diciendo.

Que el pensamiento no se aparte de la verdad, y si algo de nuestras palabras hubiera sido de molestia para el oyente, es fácil enseñarle, por este mismo hecho, que si entendió la cosa, no debe hacer caso si pudo sonar menos íntegramente o menos propiamente lo dicho; ya que había sido dicho de tal modo como para que fuese entendido.

Que si la vehemencia de la debilidad humana se hubiese también apartado de la misma verdad –aun cuando en la catequesis para los ignorantes, que marcha por senda muy trillada, es difícil que pueda suceder– con todo no vaya a acaecer que quizás también aquí el oyente tropiece. Si tal sucediera, debemos pensar que Dios quiso probar si somos capaces de corregirnos con placidez de ánimo, sin precipitarnos en otro error mayor para sostener nuestra equivocación.

Si nadie lo advirtió –ni nosotros ni ellos absolutamente nada hubiéramos advertido–, no hay motivo para apenarse, con tal de que no vuelva a repetirse.

No faltan veces que nosotros mismos examinando lo que dijimos, algo nos debemos censurar, y no comprendemos cómo haya podido pasar sin ser advertido. Mucho más nos duele cuando, movidos por la caridad, observamos que lo falso fue aceptado con gusto. Por tanto, presentándose la ocasión, así como en silencio nosotros mismos nos hemos reprendido, del mismo modo hemos de empeñarnos para que, poco a poco, también ellos sean corregidos; tanto más que si incurrieron en alguna falsedad no fue por la palabra de Dios, sino enteramente por culpa de la nuestra.

Si alguna vez, por insensata maldad algunos ciegos, chismosos, calumniadores u hombres aborrecidos de Dios (Rom., I, 30) se alegra-

sen de nuestro error, tomemos de ello motivo para ejercitarnos en la paciencia y en la misericordia, para que la paciencia de Dios los conduzca al arrepentimiento.

¿Hay acaso algo más detestable y que más atraiga la ira y apresure el justo castigo de Dios (Id., II, 4-5) que alegrarse del mal de otro, imitando y siguiendo así la maldad del diablo?

Caridad y oración.

En otras ocasiones, quizás no obstante haber dicho todo con rectitud y verdad, se daña y perturba al oyente con algo no entendido, o con algo que por lo novedoso le desagrada por contrariar la opinión y rutina del viejo error [11]. Si tal cosa se manifestara exteriormente y él pareciera curable, debe ser sanado sin dilación con abundancia de autoridades y razones. Pero si se retrae y no quiere escuchar razones, entonces habrás de rogarle a Dios que dé su remedio, consolándote con el ejemplo del Señor, el cual, a algunos que se habían ofendido por sus palabras recusándolas por parecerles duras, dijo, aún a los mismos que no se habían retirado: *¿Queréis iros vosotros también?* (Juan, VI, 68).

En efecto, en los tiempos presentes bastante fija e inconmoviblemente debe ser mantenida y librada la Jerusalén cautiva de la Babel de este mundo, pues nada de ella podrá perecer, porque si algo pereciera, eso no sería de ella. Porque *el sólido fundamento de Dios se mantiene firme teniendo este sello: el Señor conoce a los que son suyos, y apártese de la iniquidad quien pronuncia el nombre del Señor* (II Tim., II, 19).

Pensando todo esto e invocando en nuestros corazones al Señor, será menor el miedo de que nuestra lección no alcance un éxito cierto a causa de las reacciones de los oyentes; como también nos deleitará la misma paciencia por las molestias soportadas a favor de esta obra de misericordia, siempre que no hayamos buscado nuestra gloria en el oyente.

Cuando la intención del que obra es impulsada por la caridad, y luego a ella torna nuevamente a descansar como a su lugar apropiado, entonces sí hay verdaderamente acción buena.

A aquella lectura que no agradaba, o a lo que habíamos deseado oír en muy buena dicción y que engañosamente preferíamos a nuestras propias palabras cuando nos hallábamos perezosos o desganados,

a ella nos volvemos de nuestro esfuerzo más satisfechos y más dichosos. Rezaremos también con más confianza para que Dios nos enseñe en la medida que deseamos, y para que alegremente consintamos que El hable por nuestro medio en la forma que nosotros podemos. Así se cumplirá aquello de que todo concurre en bien de los que aman a Dios (Rom., VIII, 28).

CAPITULO XII

NO CANSARSE DE REPETIR LO MISMO A LOS NIÑOS

17. *La caridad fuente de paciencia.*

Ciertamente que si nos cansa repetir a menudo las enseñanzas usuales y apropiadas para niños, será necesario que nos adaptemos a ellos con afecto fraternal, paternal y maternal, y así unidos a sus corazones hasta a nosotros mismos nos parecerán novedosas.

En realidad, mucho vale el afecto de un corazón que sabe compadecerse de los demás. Y así como ellos se encariñan de nosotros que le enseñamos, así nosotros de ellos, que aprenden. Compenetrarse mutuamente, de manera que ellos escuchando nos atiendan con sus mismas palabras; y nosotros enseñando, aprendamos de ellos a expresarnos en forma que les guste.

¿Acaso no suele suceder, con algunos lugares espléndidos tanto de la ciudad como del campo, que a fuerza de verlos pasamos de largo ante ellos sin placer alguno, y luego al mostrárselos a los que nunca los habían visto se renueva nuestro gusto ante el placer que la novedad les causa a ellos?

Y nuestro placer es tanto mayor cuanto más amigos son nuestros. La causa está en ese vínculo de afecto que, cuanto más nos une a ellos, tanto más hará que veamos como nuevas las cosas que ya nos eran viejas.

Pero si después de contemplar estos panoramas hemos sacado algún provecho, no nos contentamos con que las personas que amamos prueben placer y maravilla en admirar las obras de los hombres, sino que deseamos que, partiendo del arte y habilidad humanas, se eleven hasta la admiración y alabanza de Dios, creador de todo y meta fructuosísima del amor; ¿con cuánta mayor razón no nos vamos a deleitar cuando vemos cómo los hombres vienen para conocer al mismo Dios, por quien debe ser estudiado todo lo que se deba estudiar?

Hay pues, que renovarse con la novedad que esto resulta para ellos; de manera que si nuestra enseñanza por repetida había sido fría, ahora se inflame ante la extraordinaria atención de ellos.

Y aquí para conseguir la alegría necesaria, viene bien recordar lo que meditamos y consideramos acerca de cómo el hombre pasa de la muerte del error a la verdad de la fe. Porque si atravesando lugares frecuentados nos alegramos provechosamente cuando podemos indicar el camino al que se había extraviado, ¿cuánto más alegremente y con mayor gozo indicaremos la senda de la doctrina salvadora cuando no tenemos necesidad de destruir errores? ¿Y cómo no vamos a conducir por los caminos de la paz al alma lastimosa y fatigada por los engaños del mundo, mandándolo Quién nos la confiara?

CAPITULO XIII

COMO CONSEGUIR ATENCION

18. *Contra la fatiga espiritual.*

No cabe duda que es mucho el estar hablando hasta alcanzar el fin prefijado cuando vemos que el oyente ni siquiera se mueve. Porque de no manifestar su aprobación con palabras o ademanes, sea por temor religioso, sea por respeto humano, ya porque no entienda o porque lo desprecie; cualquiera sea la causa que nos oculte y nos haga impenetrable su ánimo, debemos hablarle intentando todo aquello que pueda servirnos para estimularlos y arrancarlo de su retraimiento.

Así pues, con suave exhortación debe quitársele el excesivo temor que le impide manifestar su opinión; y moderar su vergüenza insinuándole una mayor relación fraternal. Asimismo hay que interrogarlo para averiguar si ha entendido, e inspirarle confianza para que libremente exponga lo que, según su parecer, deba ser discutido.

Pregúntesele también si ya había oído antes lo que ahora se le enseña, por si es caso que no le interese por ser conocido y corriente. Y según su respuesta debemos ingeniarnos ya en hablarle con más llaneza y claridad, o ya refutar su opinión si era contraria. O también evitar la abundante explicación de lo que ya le es conocido, sino sintetizando y proponiéndole algo oscuro sacado de la Sagrada Escritura, de manera que su explicación y descubrimiento haga más agradable nuestra enseñanza.

Si no obstante toda esta dedicación notamos que él es muy lerdo, necio y aún contrario, habrá que soportarlo con misericordia y desarrollando con brevedad lo que todavía falta, insistir principalmente en todo lo que es fundamental sobre la unidad de la Iglesia Católica, sobre las tentaciones y la conducta cristiana en vista al futuro y terrible juicio. Pero de un modo especialísimo, más que decirle a él muchas cosas sobre Dios, habrá que decirle a Dios mucho a favor de él.